



Perdida o réquiem para el hombre común

Por Iván Figueroa

El gran acierto de *Perdida* (*Gone girl*, David Fincher, USA, 2014) es la narrativa cinematográfica que genera a lo largo de sus casi tres horas de duración. Basada en la novela que lleva el mismo título (de la escritora y guionista Gillian Flynn), esta película vuelve sobre el tema retomado anteriormente por otros directores (*Ase-sinos por naturaleza*, USA, 1994; *Todo por un sueño*, 1995; entre otros títulos): el sensacionalismo mediático televisivo ante el cual la existencia del hombre común deviene en una fluctuación de percepciones por parte del espectador. Además, sin lugar a dudas, el sensacionalismo creado por los constructos culturales, mismos que logran concretarse, mediante los manipuladores de la opinión pública, en un seudoperiodismo cuyo principio ético se centra (según sea el caso o el momento histórico) en el manejo intencionado de la información.

38 La trama es simplemente un pretexto para desarrollar la crítica de los sistemas televisivos que usan y abusan al individuo para su juego por lograr la meta final: el rating, mientras el televidente desconoce los procesos sociales a través de los cuales se llega a esta meta tan ansiada. Nick Dunne (Ben Affleck) se enfrenta a la súbita desaparición de su esposa Amy (Rosamund Pike). A partir de esta situación (y muchas más que ayudan a construir los diferentes niveles narrativos), tiene lugar la más reciente tragicomedia del director David Fincher (*El curioso caso de Benjamin Button*, USA, 2008; *El club de la pelea*, USA, 1994).

Así, Nick Dunne empieza su relatividad axiológica pues, al igual que los medios lo usan, él también habrá de usarlos para poder defender una verdad que se vuelve cada vez más difusa entre todos los elementos que conforman el universo de *Perdida*. Uno de los puntos más interesantes de la película es cómo David Fincher se adentra en esta serie de mecanismos de manipulación y traslapa varios planos narrativos (visual, escritural e informativo), que llevan al espectador al grado último de la incertidumbre de una historia que, entre más se desvela, logra afianzarse en el interés de quien es testigo tácito de la historia de la pareja Dunne. Indudablemente la tradición del thriller psicológico marca los hilos comunicantes que han hecho del género uno de los favoritos de directores tan importantes como Alfred Hitchcock. No por nada muchos críticos han visto, en esta reciente entrega fílmica, la obra maestra de Fincher.

Perdida no es nada más un mundo en sí misma. El planteamiento de Fincher es llegar al espectador y sacudirlo ante la realidad que nos plantea en la película: una sociedad manipulada por el sensacionalismo mediático donde todos los ejes axiológicos se vuelven líquidos (recordando a Zygmunt Bauman), hasta llegar a la disolución ontológica del individuo y la sociedad misma, en un presente mediático donde lo único que existe es el último rating alcanzado.

